to; y poniendo las manos sobre el pecho como quien mostraba la confusion que sentia su humildad de haber de descubrir lo interior de su corazon, dixo: en Dios, Madre mia. Estas fueron sus últimas palabras, porque acomerida de tres accesos de convulsiones, uno tras otro, ya no la dexáron hablar mas palabra. En esto llegó de París el Señor Duval, su antiguo Director, quien oyendo que la BEATA estaba en el último trance de espirar, y sin sentido, al punto fué á su celda para poderla administrar á lo ménos la Santa Uncion. Y miéntras iva haciendolo con las ceremonias que prescribe el Ritual Romano, entregó la BEATA su Alma á Dios, á quien siempre habia amado y deseado, a los cinquenta y tres años de su edad, entre cinco y seis de la tarde del dicho Miércoles, que fué el diez y seis de Abril de mil seiscientos diez y ocho.

dies mejar me hale geseinest Dien Como

una hora despues tornó a pregunetilicadem

PARTE SEGUNDA.

ta Same: A D I V Todas mos-

DE LA BEATA

MARIA DE LA ENCARNACION,

MONJA CONVERSA PROFESA, Panagarla DEL ORDEN

DE CARMELITAS DESCALZAS,

Y SU FUNDADORA EN FRANCIA. honrado de los fielestanicos, con algunos

CAPITULO PRIMERO.

Fama y opinion de santidad en que vivió y murió la Beata Maria.

solemnemente la Misa vi demas Precessile dia L'ué tal y tan grande el concepto y estimacion que toda clase de gentes, aun las mas respetables, tuvo siempre de la piedad singular, y santidad heroyca de la BEATA MA-Ría, mientras vivió, que apenas se supo su

que dabis pensado durante se adormecimieno

230

dichosa muerte, fué muy grande el concurso del pueblo que acudió á venerar su cadaver, diciendose unos a otros: ha muerto la Santa: la Santa ha muerto. Todos mostraban la tierna devocion que la tenian, dando sus Rosarios para tocarlos en su cadaver, ó solicitando lograr alguna de sus cosas como reliquias. Duró esta concurrencia hasta muy caída la tarde del Juéves, que fué quando lleváron el Cuerpo al Coro del Monasterio: y fuéron tales las voces de las gentes, durante todo el Oficio, que no se oían unas á otras las Monjas que lo cantaban. El Viernes por la mañana fué el sagrado Cuerpo honrado de los Eclesiásticos, con algunos motetes en música; y toda la gente principal de la Ciudad, igualmente que el pueblo que acudió de nuevo, diéron muestras de su gran devocion á la BEATA. Cantada solemnemente la Misa y demas Preces de difuntos, se llegó al acto de darle sepultura. Para esto el Señor Duval, de cuya mano habia recibido la BEATA el Hábito Religioso, entró con otros muchos Eclesiasticos en el Coro, y quitando de allí el santo Cuer-

po, fué llevado con las acostumbradas ceremonias dentro del claustro, y colocándolo en una caxa de madera, sin mas adorno, le enterráron. Mas no se entibió con esto la devocion del pueblo con la BEATA: ántes con la noticia que mas y mas se iva divulgando de sus virtudes heroycas, y con las gracias que el Señor hacia por su intercesion, se aumentó mas en todas las partes del Reyno. De cien leguas de distancia y mas, acudian muchas personas únicamente al Pontoise á visitar su sepulcro, y cumplir votos que hacian, ó para implorar algun favor por su intercesion, ó para dar gracias por los recibidos. La Reyna, Madre del Rey Christianisimo Luis XIII., hizo un viage à Pontoise, solo por visitar el sepulcro de la Beata, y para encomendar á su intercesion los negocios importantes del Reyno, haciendo allí larga oracion. Y como la Priora la diera algunas Reliquias de la BEATA, mostró tal contento, que mostrándolas á sus Damas, decia: ved lo que me ha dado la Madre Priora: yo lo pondré en mi caxita de oro. La Reyna, muger del dicho Luis

Luis XIII., fué asimismo à Pontoise algunas veces con el mismo fin de visitar el sepulcro de la BEATA, orando sobre él despacio, y teniendo gran complacencia de entrar en la celda en que habia muerto, y diciendo que en ninguna parte se hallaba mejor que alli, y por amor que tenia á la BEATA dió al Monasterio una rica Custodia, preciosamente esmaltada. Las demas Princesas y Señoras del Reyno, con licencia del Papa, entraron muchísimas veces tambien en el Monasterio para honrar el sepulcro, besando la lápida que lo cubria, con tierna devocion, tocando en ella sus Rosarios, y prestando igual honor á su celda, y arrodillandose junto al lecho, que besaban con grande reverencia. ¿Qué mas ? el mismo San Francisco de Sales, de intento fué desde Paris, donde se haliaba, à Pontoise, para orar delante del sepulcro de la BEATA, y honrar los venerables despojos que en él se encerraban : y Santa Juana Francisca Chantal viajando á visitar algunos de sus Monasterios, y llegando á Pontoise tuvo á gran ventura haber podido ofrecer el homenage de su de-

vocion al sepulcro de nuestra BEATA. Además de esto, sus imágenes y sus reliquias eran buscadas, como de una Santa, de todas las partes del Reyno: y luego que se imprimió la historia de su vida fué tan bien recibida del pueblo, que en el breve espacio de doce años, despues de su muerte, se hiciéron siete distintas edicciones. En el dia correspondiente al de su muerte, era tan grande en cada año el concurso del pueblo á Pontoise, para visitar à la BEATA, que apenas bastaba, ni la Iglesia, ni los átrios del Convento, llamando todos aquel dia la fiesta de la BEATA, el qual concurso se verificó ya el primer año de su muerte. Finalmente las deposiciones juradas de la Venerable Magdalena de San Joseph, cuyas virtudes en sumo grado heroycas, están aprobadas por el Reynante Pontífice Pío VI., y la Carta de San Francisco de Sales, puesta en el Prefacio de este Libro, sirven de prueba de quan dignas eran las virtudes y santidad de esta grande alma, de aquella memoria eterna entre los hombres, que el Señor tiene prometida á sus fieles Siervos.

Gg

CAPITULO II.

Procesos hechos para la solemne Beatificacion de la Beata María.

Mas no paró aquí la veneracion y estíma de los Soberanos, de los Prelados, y del pueblo de Francia con la BEATA MARÍA DE LA Encarnacion. Apenas pasados quatro años despues de su muerte, viendo el Ilustrísimo Señor Francisco de Harlay, entónces Arzobispo de Rems, que por los muchos prodigios que Dios obraba por su intercesion, se iva aumentando mas y mas la devocion de los pueblos con nuestra BEATA, creyó era obligacion de su oficio Pastoral formar un Proceso informativo, sobre la fama de su santidad, virtud y milagros. Para esto por medio de sus carras, con fecha de diez y ocho de Septiembre de mil seiscientos veinte y dos, y veinte y tres de Marzo de mil seiscientos veinte y tres, comisionó á los Presbiteros Cárlos de Boves, y Juan de Aureaux, que fuéron sucesivamente Vica-

rios Generales de dicho Arzobispo en Pontoise; y éstos finalizaron el Proceso, que se les habia encargado, el año de mil seiscientos veinte y siete. Presentado en Roma este Proceso el mismo año á la Congregacion de Ritos, esta, en el dia veinte y siete de Enero de mil seiscientos veinte y nueve, nombrando por Ponente de la Causa al Eminentísimo Señor Cardenal Muti, le encargó el exâmen y relacion de él. Entre tanto, desde el año de mil seiscientos veinte y ocho, la Reyna Catalina de Medicis, que tenia bien conocida á la BEATA, y sabia muy bien la estimacion que los Franceses de todas gerarquías hacian de sus heroycas virtudes, y de las gracias y milagros que el Señor obraba todos los dias por su intercesion, no quiso dexar de pasar sus mas eficáces oficios con el Romano Pontífice Urbano VIII. que entónces ocupaba la Silla de San Pedro, á fin de que mandara comenzar la causa de la solemne Beatificacion de esta exemplarísi. ma Muger. En consequencia de estos oficios, de otras cartas que para el mismo efecto escribiéron varios Personages de los mas Gg 2

respetables de Francia, y de la relacion favorable que la Congregacion de Ritos hizo al mismo Pontifice, decretó su Santidad de su mismo puño, con Breve del mes de Agosto del dicho año de mil seiscientos veinte y nueve, que la mencionada Congregacion exâminara esta causa á nombre de la Santa Sede; y al mismo tiempo dispensó en la Sumaria del Proceso, sobre la fama de santidad in genere. Lucgo el veinte y dos del Septiembre siguiente, junta la Congregacion de Ritos, y oída la relacion del Eminentisimo Señor Ponente, expidió las Letras Dimisoriales y Compulsivas, en virtud de las quales, el año de mil seiscientos treinta se comenzaron los Procesos Apostólicos, sobre las virtudes y milagros in specie de la BEATA en varias Ciudades de Francia, esto es, en el Pontoise, donde estaba sepultada, en París donde habia nacido y vivido casi toda su vida, en Amiens, en Orleans, en Suarres, en Noyon, en Sens, y Verdan, y se concluyéron el año de mil seiscientos treinta y tres; y el siguiente de mil seiscientos treinta y quaero, se presentáron en Roma á la

Sagrada Congregación, y con su autoridad se abrieron. Sucedió este año, que obtuviéron fuerza de Ley los Decretos emanados del Pontifice Urbano VIII., de feliz memoria, para fixar una regla en los exâmenes de Causas de Beatificion y Canonizacion. En ellos, entre otras cosas, se prohibía para lo venidero proponer y revolver el Dubio sobre las virtudes en grado heroyco de los Siervos de Dios, cuya Beatificacion se solicitaba, hasta que hubieran pasado cinquenta años despues de su muerte : y tal prohibicion fué preciso que suspendiera la Causa de la BEATA por espacio de treinta años, y quando concluido este término, debian las Monjas de su Monasterio de Pontoise haberla promovido de nuevo, no les volvió à ocurrir mas. Pero Dios, que jamas se olvida de sus fieles Siervos, dispertó el año de mil serecientos ochenta y uno los ánimos de aquellas Religiosas á favor de esta Causa, que tanto tiempo hacia estaba en silencio, con tal fetvor, que dando Poderes legítimos, nombráron un Postulador, que solicitase en Roma su conclusion y término, y a instancia de éste

Pa-

nombró el Papa Pío VI. por Ponente de la dicha Causa a su Alteza Real, el Eminentísimo Señor Cardenal, Duque de York, Arzobispo de Tusculi, y Vice-Canciller de la Iglesia Romana. Casi al mismo tiempo los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia, en su Junta de Clero en París, y otros ilustres Personages, así de la Gerarquía Eclesiástica, como del Magistrado público, hiciéron por medio de sus cartas las mas . vivas instancias al dicho Pontífice Reynante, para la felíz conclusion de esta causa. Pero la que entre todos debe mencionarse con el mas sincéro agradecimiento en esta piadosa empresa, es la Serenísima Luisa de Borbón, hija del difunto Rey de Francia Luis XV., Monja Carmelita Descalza profesa, llamada en la Orden Sor Teresa de San Agustin, que murió el dia veinte y tres de Diciembre de mil setecientos ochenta y siere, en grande reputacion de piedad christiana. Deseando tanto, como el que mas de los Franceses, ver puesta en el Catálogo de los Beatos, y aun de los Santos por la Santa Silla Apostólica Romana, á la BEATA MARÍA, á

mas de las sumas, que para esta Causa franqueó con magnificencia, digna de su Real cuna, y de su piadoso corazon, escribió una Carta á nuestro Santísimo Padre Pío VI., con fecha de diez y ocho de Noviembre de mil setecientos ochenta y dos, que por ser un testimonio auténtico de la Religion de su grande Alma, y de la grande estimacion y devocion que tenia á nuestra BEATA, tengo por justo copiarla aquí.

tione, disponiendo Bios, que despues vi-BEATISIMO PADRE:

à este Reyno Monsterios de su santo los-

pos aflige, ¿Oue tripulo para nosocias wine, La tormenta que ha destruido una parte del Carmelo, ha llenado de desolación á todas las otras, y ha cubierto con las sombras de los mas espantosos nublados todo aquel Sagrado Monte. En tan grade confusion de cosas, la paternal bondad de V. Santidad que nos asegura, no es posible que dexe de tener parte en nuestros desconsuelos, enjuga las lágrimas que el dolor nos hace derramar. Pero este consuelo, Santisimo